

SOCIEDAD

El Martinet, un centro público de Ripollet, tiene un proyecto pedagógico innovador sin asignaturas ni balones y lucha contra la Administración para eliminar la cancha del patio

El colegio que ha desterrado la pelota

ANA TORRES, **Barcelona**
 “Hemos colonizado la pista”, dice Isabel Trías, directora del colegio público El Martinet, en el pueblo de Ripollet (Barcelona), que ha desterrado el uso de la pelota. Allí los alumnos no juegan al fútbol ni al baloncesto. Ni en los descansos ni durante la jornada escolar. La pista es una explanada en desuso sin porterías ni canastas en la que los trazos de colores son casi imperceptibles. Rodeada de montículos de tierra con pequeñas construcciones hechas con troncos y con cabañas de madera, ese trozo de cemento es uno de los símbolos de la lucha de este colegio por implantar su propio modelo de escuela, en el que no hay asignaturas y los niños no almuerzan bocadillos, sino fruta y frutos secos.

Cuando se levantó el colegio, en el año 2004, comenzó la lucha de este centro con la Administración. Pidieron al Departament d'Ensenyament (la consejería de Educación catalana) que no instalara ninguna pista. El proyecto educativo que presentó el equipo directivo era revolucionario: los alumnos no tendrían asignaturas y, por tanto, la materia de educación física se diluía.

“No es que no hagan deporte, sino que no consideramos necesario que practiquen los deportes tradicionales con pelota”, explica Isabel Trías, la directora del colegio, con 480 alumnos, que no tienen permitido llevar balones al centro. Hay dos grandes razones. “Ya sabemos qué tipo de actitudes generan los deportes como el fútbol, los niños juegan por un lado e invaden gran parte del espacio y las niñas, por otro”, cuenta Montserrat Navarro, la primera directora que tuvo el centro y la impulsora del proyecto. “La pelota está asociada a juegos competitivos que, además, generan un consumismo en los niños [por la compra de camisetas de los equipos y balones oficiales]. Es como las pantallas, tapan otras realidades”, argumenta Isabel Trías.

A diferencia de las escuelas tradicionales, en El Martinet los alumnos no pasan seis horas sentados en el pupitre porque se mueven constantemente de los espacios interiores a los exteriores. “No hay sedentarismo”, añade la directora. Les enseñan juegos cooperativos en los que el fin último no es ganar, practican deportes al aire libre como la escalada o la bicicleta y suben montañas. A los seis años empiezan y a los 11 suben el Puig Mal, de casi 3.000 metros de altura.

El Departament y la Inspección Educativa dieron su visto bueno al proyecto, previamente aprobado por el consejo escolar con las familias, pero colocaron la pista reglamentaria en el patio. Meses después, una madre de uno de los alumnos se ofreció a llevar al colegio una cantidad suficiente de tierra como para tapan la pista y crear encima el en-



Alumnos de infantil del colegio El Martinet en uno de los espacios exteriores, dotados con carretillas y cabañas de madera. / CRISTÓBAL CASTRO



La pista del colegio, sin porterías y rodeada de montículos de tierra y construcciones de madera. / C. C.

Los patios se transforman para incluir a las niñas

Hora del recreo en un colegio cualquiera. Desde fuera, un observador no ve nada especial en el patio. Un tumulto infantil, niños que juegan al fútbol, otros que corren y niñas sentadas en corros por la periferia del espacio. Parece que cada uno está a su aire, donde le apetece. ¿Hay sexismo en ese escenario? Este planteamiento inicial de la socióloga Marina Subirats en su libro *Balones fuera* (Octaedro) ha inspirado a

algunas escuelas a transformar sus recreos para evitar que los roles de género se reproduzcan desde la infancia. El colegio público La Paloma, en el barrio madrileño de La Latina, es uno de ellos. “Desde que son pequeños les enseñamos a estar de una manera en el mundo. El hecho de que los chicos ocupen la mayor parte del espacio con una actividad más agresiva y las niñas se resiguen a los alrededores es el

comienzo de la desigualdad”, explica Irene Martínez, profesora de la Complutense. “A partir de segundo de primaria empieza a notarse la separación de chicos y chicas en la hora del recreo, por eso el uso de la pista va rotando entre diferentes cursos y hemos habilitado nuevos espacios para hacer música, escalar, plantar o comer tranquilo y solo prohibimos los juegos con balón los viernes”, cuenta María Belén González, directora del centro. Hay tres tipos de zonas: activas, semiactivas y tranquilas. “Hemos conseguido que los alumnos se relacionen más con niños que tienen otros intereses”.

torno que habían diseñado: 100% natural y sin pavimentos de cemento. Lo hicieron y pocos meses después la historia volvió a empezar; el Ayuntamiento de Ripollet y el Departament —en ese momento liderado por el tripartito: PSC, Esquerra y Verds— urgieron al colegio a volver a despejar la pista. “Tú misma lo puedes ver, los alumnos ocupan los espacios con naturaleza y la cancha se queda siempre vacía. Es un sinsentido”, indica la directora, que ha vuelto a solicitar a la Administración autonómica —que tiene las competencias en materia de Educación— que les dé permiso para volver a cubrir el pavimento.

¿Qué hacen los niños en esos espacios de tierra? Unos construyen un canal de agua con piezas de madera y poleas, otros revisan las hortalizas que están creciendo en el huerto, otros usan un microscopio para mirar de cerca unas hojas que han recolectado y otros, simplemente, deambulan. Actividades no faltan.

La cancha

Desde el Departament aseguran que ya son cerca de una decena los colegios públicos catalanes que quieren transformar sus patios para que las pistas no ocupen la mayor parte del espacio, pero ninguno de ellos quiere, por el momento, eliminar las canchas. El Real Decreto de 2010 —aprobado por el Gobierno central— que regula los requisitos mínimos de los centros educativos habla de “un patio de recreo, parcialmente cubierto, susceptible de ser utilizado como pista polideportiva”. Eso quiere decir que la decisión última sobre las canchas corresponde a la comu-

nidad autónoma, aseguran fuentes del Ministerio de Educación.

“La presión vino por parte de otras escuelas del pueblo que no veían con buenos ojos nuestro modelo, pero nuestro argumento es claro: ya hay polideportivos y zonas públicas con pistas que los niños pueden usar en su tiempo libre”, aclara la antigua directora Montserrat Navarro.

El cambio en la forma de interpretar la educación física no es exclusivo de El Martinet. “La disciplina, el orden y el esfuerzo ya no son las premisas, la gente sigue teniendo esa idea de la asignatura pero es un prejuicio anticuado”, explica Albert Batalla, profesor de didácticas de la educación física de la Universidad de Barcelona. La superación física ya no es el objetivo, no se trata de aprender a botar bien el balón, sino de cooperar y respetar las normas sin la mirada puesta en ser el ganador.

“Es un cambio radical que lleva años instalándose en los colegios, ya no se ve el cuerpo como una máquina que hay que mantener en forma. Ahora se practica la expresión corporal mediante la danza o los malabares”, añade. Aunque reconoce que la pelota suele colonizar los recreos, obligando a los alumnos a sortear los balonzos y a refugiarse en las zonas periféricas, cree que es “muy radical” prohibir los balones. “Eliminar las pelotas es darle la espalda a la realidad, la competitividad está ahí y hay que educar a los niños a gestionar el ansia por ganar”.

Para María José Camacho, profesora de educación física en la Facultad de Educación de la Complutense, el problema es que los deportes tradicionales llevan a los colegios a aplicar la “jerarquía de resultados”: salen mejor parados los alumnos con mayor rendimiento físico. “Siempre lo harán mejor los que practican esos deportes en su tiempo libre, y eso genera mucha frustración. Los juegos cooperativos, en los que el rendimiento es más parecido, son más inclusivos”, explica.

Es lo que las nuevas hornadas de maestros de educación física llaman *gamificación*. “Todo el grupo tiene que superar el reto, no vale con que uno sea buenísimo”, dice Tristán González, profesor de la materia que ha dado clase en primaria durante 12 años. Pone un ejemplo: un torneo de combas a modo de juego de rol; cada movimiento tiene un nombre y lleva asociado unos puntos. Los niños saltan a la cuerda solos y en grupo. “En los colegios públicos en los que he trabajado, nunca he centrado la asignatura en jugar al fútbol o al baloncesto”. Coincide con los investigadores en que la época del “chándal, sudor y esfuerzo” ya pasó. Ahora importa más la inclusión.

Lectura autónoma

En El Martinet, que al año que viene tendrá también secundaria, los espacios exteriores están cubiertos de tierra y árboles y se usan, igual que los interiores, como áreas de aprendizaje. “Salir fuera equivale a acercarse a lo imprevisible, a lo que no se sabe, a lo que es sorpresa”, se puede leer en un libro autoeditado por el colegio en el que se explica su filosofía. En cada una de las puer-



Un grupo de alumnos lee en un rato libre antes del comedor. / C. C.

Implicar a los maestros en el diseño arquitectónico del centro

“La arquitectura y la docencia tienen que ir de la mano”, aseguró el pasado marzo Josep González-Cambray, el director general de centros públicos de Cataluña, donde el Gobierno regional ha lanzado un plan para que docentes y miembros del Colegio de Arquitectos trabajen conjuntamente para identificar las nuevas necesidades de los colegios en función de los proyectos pedagógicos.

La idea es involucrar a los maestros en el proceso previo a la construcción de nuevos centros para adaptar los espacios interiores y exteriores a los criterios pedagógicos.

“Ya hemos empezado a implicar a los equipos directivos en la fase inicial de diseño de las escuelas, es la vía para crear las aulas del futuro”, dijo el conseller Josep Bargalló.

Los alumnos no tienen materias fijas y la educación física se diluye

A los 11 años suben al Puig Mal, una montaña de casi 3.000 metros

tas de entrada al edificio, hay estructuras de madera con botas de agua de colores de diferentes tamaños. Porque los días de lluvia también se sale. En el interior, las aulas no tienen pizarras porque quieren que los niños trabajen a su ritmo, que no realicen las mismas actividades todos a la vez. Salvo en la comida.

Tampoco hay exámenes y los niños lideran su propio aprendizaje con los maestros como guía.

Es casi la una del mediodía y los alumnos hacen tiempo hasta que llegue su turno del comedor. En una de las aulas, un grupo de alumnos de ocho años de tercero de primaria construyen estructuras con figuras de madera, conversan en grupos o leen. Nadie les ha dicho lo que tienen que hacer, y más de la mitad de ellos están concentrados en su lectura. Pol García, de 19 años, fue alumno del colegio. “Para nada eché de menos la pelota. La llegada al instituto sí fue un poco *heavy*, por el cambio de modelo. Llevaba muy mal estar sentado tantas horas sin poder hablar, pero tenía muchas ganas de que me mandaran deberes y de hacer exámenes”, cuenta. Estudió un grado de Formación Profesional superior en gestión forestal y ahora está haciendo prácticas en un viñedo cerca de Oporto. Lo que más valora es que le enseñaran a interesarse por los temas y a buscar él mismo información. “Eso nunca se olvida, la curiosidad por aprender se te queda”.

El francés en estado vegetativo será desconectado

El proceso para dejar morir a Lambert empezará la semana del 20 de mayo

MARC BASSETS, París

La desconexión de Vincent Lambert, el hombre de 42 años en estado vegetativo como resultado de un accidente de tráfico en 2008, ya tiene fecha. Su médico anunció el viernes a su familia que en la semana del 20 de mayo comenzará el proceso para dejarle morir.

Agotados los recursos en Francia y Europa, el doctor Vincent Sanchez ha considerado que puede proceder a dejar de alimentar e hidratar al paciente mientras lo somete a una sedación profunda. Los abogados del sector de la familia Lambert contrario a estas medidas han anunciado que apelarán al Defensor del Pueblo y al presidente de la República.

El caso Lambert, símbolo en Francia del debate sobre la muerte digna, plantea una cuestión de fondo: quién puede decidir acabar con la vida de una persona cuando esta no ha expresado sus voluntades por escrito. El contencioso se arrastra en los tribunales desde hace seis años. Y ha dividido a los Lambert.

Sus padres, una hermana y un hermanastro, católicos tradicionalistas, acusan a los médicos de practicar una eutanasia encubierta. “Lo que se quiere hacer ahora, por decirlo de manera cruda, es dejar morir a Vincent de hambre y sed”, dijo hace unos días David Philippon, hermanastro de Vincent Lambert.

La otra parte incluye a la esposa del paciente, Rachel, que es su tutora legal, además de cinco hermanos y un sobrino. Sostienen —y los tribunales franceses les han dado la razón— que mantener a Lambert con vida es un caso de “obstinación irrazonable” o “encarnizamiento terapéutico”. Y defienden que, antes del accidente, Vincent Lambert dijo que no le gustaría vivir en condiciones como las actuales.

El caso se ha precipitado en las últimas semanas. El 9 de abril, los médicos del hospital de Reims donde se encuentra Lambert decidieron de manera colegial el cese del “encarnizamiento terapéutico”. Es decir, desconectarle. Los padres de Lambert recurrieron al Consejo de Estado, la jurisdicción administrativa más alta en Francia, que el 24 de abril dictaminó que la decisión de los médicos se ajustaba a la ley. Los padres recurrieron entonces al Tribunal Europeo de Derechos Humanos (TEDH) para que sus-

pendiese la decisión. El 30 de abril, los jueces de Estrasburgo lo rechazaron. Avaloraron la decisión del Consejo de Estado y de otros tribunales franceses y recordaron que, ya en 2015, el TEDH había concluido que el cese de la alimentación y la hidratación artificiales de Lambert no vulneraba el artículo del Convenio Europeo de los Derechos Humanos que protege el derecho a la vida.

“Ahora nada se opone al cese de los tratamientos. Es probable que el médico quiera cesarlos, pero también es muy probable que su jerarquía le diga que no”, dijo François Lambert, so-



Vincent Lambert, en 2013. / AFP

brino de Vincent, tras la decisión del TEDH.

La ley francesa no permite la eutanasia, pero prescribe que los cuidados médicos “no deben prolongarse con una obstinación irrazonable” y que “cuando parecen inútiles, desproporcionados o sin otro efecto que el mantenimiento artificial de la vida, pueden suspenderse o no emprenderse”. En Francia, la decisión final recae sobre el equipo médico.

Además de recurrir sin éxito al TEDH, los padres de Lambert recurrieron a otra instancia internacional, el Comité de la ONU sobre los derechos de las personas con discapacidad. El 3 de mayo, este comité pidió a Francia que suspendiese cualquier decisión a la espera de examinar con detalle la demanda. La ministra francesa de Sanidad, Agnès Buzyn, dijo que las decisiones del comité de la ONU no son legalmente vinculantes para Francia.

En un comunicado difundido ayer, los abogados de los padres apelan a Jacques Toubon, que ocupa el cargo de Defensor de los Derechos [equivalente al Defensor del Pueblo] y al presidente, Emmanuel Macron, para que obliguen a mantener con vida a Vincent Lambert.